

Perseguido por Eco, Narciso llega al 2000

Adela Costas Antola

“El sujeto posmoderno, si busca en su interior alguna certeza primera, no encuentra la seguridad del cogito cartesiano, sino las intermitencias del corazón proustiano, los relatos de los *media*, las mitologías evidenciadas por el psicoanálisis.”

G. Vattimo

Acerca del ineludible malestar en la cultura ya nos habló Freud hace casi 70 años. Partiendo de ello, quisiera explorar algunas características de nuestro malestar actual, sin perder de vista que carecemos de la necesaria perspectiva histórica para sopesar las consecuencias de las brutales transformaciones producidas en los últimos años del presente siglo. Ser contemporáneo implica vivir este tiempo casi a ciegas, con una capacidad muy limitada de aprehender lo actual; de allí que algunos historiadores como Ariès postulan que cierto extrañamiento es necesario para que tal aprehensión sea posible. Me resulta llamativo que al evaluar determinados campos del quehacer humano como el de las tecnociencias, por ejemplo, el resultado sea marcadamente positivo. En cambio, cuando se trata del hombre y la cultura, es, en general, negativo; aquí se incluye al psicoanálisis cuya muerte a veces se presagia. En función del progreso, algunos proponen subir al análisis al magnífico tren del desarrollo de las ciencias. Sin embargo, debemos tener presente que aquél pertenece al universo de lo disruptivo y no puede ser *jamás* asimilado por el “establishment” a riesgo de firmar su certificado de defunción. Por otro lado, es conveniente recordar que, dada la estructura del sujeto fundada en la falta, la añoranza por el objeto míticamente perdido –nunca poseído– tiñe

de nostalgia nuestras percepciones cuando se trata de medir y valorar lo que tenemos en relación con lo que alguna vez tuvimos. De allí que podamos considerar a la popular frase: “Todo tiempo pasado fue mejor” como una trampa que condiciona fuertemente nuestra apreciación.

“*Era de Narciso, cultura light, sociedad hedonista, indiferencia total, individualismo a ultranza, generación del zapping, era del vacío, caída de los valores e ideales*” son algunos modos de describir los fenómenos de este fin de siglo. Nuestra sociedad actual es definida como “la sociedad de los *mass media*”, “de la comunicación generalizada”.¹ La influencia de los *medios* ha sido determinante para colocar a la imagen en el privilegiado lugar que ocupa hoy. En este trabajo me propongo indagar las características del Narciso que llega al fin del milenio desde el punto de vista psicoanalítico, tomando algunos datos históricos, en un intento por determinar los elementos que han contribuido a ello. Para sondear hacia donde vamos necesitamos saber de donde venimos; emprendamos entonces el camino a Grecia.

EL ENCUENTRO CON LA IMAGEN

Según el relato mítico, cuando Liríope, ninfa de las fuentes, pregunta a Tiresias si su bello hijo Narciso llegaría a viejo, el vate responde: “*Si no se conociere*”. Este vaticinio puede entenderse como una advertencia acerca del peligro de quedar capturado en la propia imagen, rechazando el amor ofrecido por Eco y otros muchos jóvenes de quienes Narciso huía. Ovidio nos cuenta en *Metamorfosis* (1996) que uno de los despechados amantes lanzó al cielo una maldición: “*Así ame él, ojalá; así no consiga al objeto de sus deseos.*” (p.130) Temis escucha y concede. En su huida Narciso llega a un lugar del bosque nunca hollado por presencia alguna y se inclina a beber de la hermosa fuente, quedando prendado de una imagen a quien implora su amor. Al reconocerla suya, clama con desesperación: “*Lo que ansío está en mí; la riqueza me ha*

¹ Tal vez sea más acertado decir “de la información generalizada”, ya que “comunicación” proviene del latín “*comunicare*”: “compartir, tener comunicaciones con alguien”, apunta a un intercambio, un ida y vuelta. En tanto que “informar” guarda relación con “dar forma, formar en el ánimo, describir”.

hecho pobre. ¡Ojalá pudiera separarme de mi cuerpo! Deseo inaudito en un enamorado, quisiera que lo que amo estuviera lejos.” (p.132)

Román Gubern (1996), al considerar el estatuto ontológico de la imagen, señala que la misma “puede ser entendida como representación (de una ausencia), o bien como presentificación o puesta en escena de una existencia (que es lo propio de la idolatría y de las artes mágicas). En el primer caso nos hallamos ante una presencia simbólica de una ausencia y en el segundo ante una presencia vital real.” (p. 61) Confundido en tal “presentificación” al no poder tomar a la imagen como representación de una ausencia, Narciso llega a fundirse en la imagen y desaparece.

A esta altura podemos retomar la pregunta que se hiciera Freud (1914) en “Introducción al Narcisismo”: “¿En razón de qué se ve compelida la vida anímica a traspasar los límites del narcisismo y poner la libido sobre objetos?” Y así responde: “Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar.” (p. 82) Tiresias dice aún más: presagia la muerte en el caso de que la libido no pueda apartarse de sí y dirigirse a los objetos. A simple vista, la formulación “la riqueza me ha hecho pobre” resulta paradójal y de difícil interpretación si no recurrimos al concepto de “sentimiento oceánico”.² Recordemos que su madre es ninfa de las fuentes. Allí donde se borra todo límite, donde no hay barrera que separe de la fuente inagotable, allí el sujeto desaparece. El exilio que Narciso no puede emprender supone la pérdida imprescindible que hace a la constitución del sujeto, constitución de ese interior que resultará extraño por siempre.

Freud (1914) propone tres caminos para rastrear las vicisitudes del narcisismo; me interesa destacar que dos de ellos involucran al cuerpo –la enfermedad y la hipocondría– y el tercero es el de la vida amorosa. Posteriormente, en “El malestar en la cultura” (1930[1929]), se refiere nuevamente a ellos de la siguiente manera: “Desde tres lados amenaza el sufrimiento; desde el cuerpo propio, que, destinado a la ruina y la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo

² La Dra. Norma Slepoy me recordó la posibilidad de pensar el “sentimiento oceánico” en relación con el narcisismo.

exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructivas; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos. Al padecer que viene de esta fuente lo sentimos tal vez más doloroso que a cualquier otro..." (p. 76). En el relato mítico juegan precisamente los dos elementos más importantes enunciados por Freud como origen de nuestro malestar: el cuerpo y su imagen, y el vínculo con los otros del cual Narciso huye; en tales elementos me basaré para el desarrollo de mis ideas.

NARCISO ENTRE NOSOTROS

¿Por qué se propone a Narciso como la figura mítica representante de nuestro tiempo?

Reiteradamente leemos críticas al tan difundido culto al cuerpo en nuestra sociedad actual. Creo importante establecer una diferencia entre el cuerpo incognoscible desde donde amenaza la angustia, de la imagen que enamora a Narciso, imagen que es tomada como "la presentificación de una existencia" por la imposibilidad de "separarse de su cuerpo", de darlo por perdido al sufrir la constitución de lo incognoscible. ¿Es apropiado hablar de un cambio en la relación del sujeto con su imagen? Ferrater Mora así lo cree cuando afirma que "*el interés por "el cuerpo" en tanto "mi cuerpo" se ha abierto paso especialmente en la época contemporánea*" (1982, p. 690). Anteriormente la atención y dedicación se habían centrado en "el cuerpo humano" como materia orgánica, en contraposición con la noción de alma. A continuación incluyo algunos elementos que permiten inferir una variación en la concepción imaginaria del cuerpo a lo largo de los años entre el siglo pasado y el presente.

Así como la contemporaneidad nos vuelve miopes para valorar el presente, la cotidianeidad limita nuestra capacidad de determinar la importancia de ciertos elementos aparentemente insignificantes en nuestra sociedad. A un niño le resulta impensable la ausencia del televisor como a nosotros los adultos, la de ciertos elementos que forman parte de nuestra vida cotidiana, tal como el espejo que se difundió recién a finales del siglo pasado y sólo entre las clases privilegiadas; mientras en las aldeas europeas únicamente el barbero disponía de uno pequeño. A esto se sumó la

popularización del retrato, hasta entonces prerrogativa de la nobleza y la aristocracia, y, por sobre todo, la aparición y gran difusión de la fotografía.

Nos está permitido suponer entonces que el encuentro con la imagen como la concebimos actualmente era prácticamente imposible. Hay otras peculiaridades a tener en cuenta. En la sociedad victoriana pesaba sobre las jóvenes la prohibición de contemplarse desnudas, para impedirlo se usaban polvos especiales que enturbiaban el agua o debían bañarse vestidas. Los espejos estaban limitados a los burdeles; mucho después se incluyó en las puertas de los roperos. Otro elemento que converge en este mismo sentido es la cama individual. A partir de la gran epidemia de cólera en la Europa de 1832, los médicos notan lo nocivo del lecho colectivo y de la promiscuidad y empiezan a combatirlos. Las consecuencias de la transformación de estas costumbres resultan muy llamativas para nosotros. Corbin y Perrot en *Historia de la vida privada* (1991) lo ilustran muy apropiadamente: “*La nueva soledad del lecho individual* conforta el sentimiento de la persona, *favorece su autonomía*; facilita el despliegue del monólogo interior; las modalidades de la plegaria, *las formas de la ensoñación*, las condiciones del sueño y del despertar, el desenvolvimiento del soñar, o de las pesadillas, todo ello experimenta un vuelco. Al tiempo que se atenúa el calor del contacto fraternal se desarrolla en los niños la exigencia de la muñeca o de la mano materna que da tranquilidad. Pero los médicos deploran una cosa: el placer solitario sale favorecido.” (p. 142) Para evitarlo se ejercía un control riguroso sobre los jóvenes; la masturbación era algo impensable en la mujer, mientras el hombre lo guardaba en el más absoluto secreto, sufriendo mayor condena que el coito.

En estos pequeños detalles de la vida cotidiana se aprecia cómo ha ido variando la concepción del cuerpo, dando paso al regodeo íntimo con la propia imagen. Otro elemento concurrente: el gran crecimiento urbano que lleva a perderse en el anonimato, desencadenando dos fenómenos: a nivel del estado, las autoridades necesitan identificar y controlar a las personas debido a que el control espontáneo impuesto por el reconocimiento social fue desapareciendo; los documentos de identidad se hacen imprescindibles. A nivel del individuo, dada las características que fue adquiriendo la vida urbana, la presencia de un otro semejante se ha vuelto cada vez más escasa e inestable. Se implementan distintas maniobras

para suplir la ausencia; las mismas se ejercen preponderantemente sobre la apariencia a través de la moda y la cirugía plástica y el “marquismo” provee una ilusoria pertenencia a una prestigiosa familia multinacional, tal como lo promociona una reconocida tarjeta: “pertenecer tiene sus privilegios”.

En el caso de los niños, no caben dudas de que están cada vez más acompañados por imágenes de la pantalla chica que por personas, imágenes a ritmo de zapping. En la clínica me ha llamado la atención que muchos niños personifican indistintamente cualquiera de los personajes de las series televisivas, sin privilegiar especialmente a ninguno; podríamos decir que alternan en un zapping identificatorio interminable, ya que la nueva serie proveerá de nuevos personajes que, a su vez, morirán rápidamente después de una vida efímera para ser sustituidos por otros. La inestabilidad de la presencia, tanto en el orden virtual como de un otro semejante, tendrá seguramente consecuencias trascendentales, ya que la permanencia es imprescindible para que la investidura libidinal sea posible, no sólo en tanto un otro que libidine al niño sino también objetos estables que puedan, a su vez, ser investidos por él.

La distancia adulto-niño crece en relación directa con los avances tecnológicos, se abren caminos divergentes especialmente trazados para cada uno. A modo de ejemplo traigo el fenómeno de los juguetes que han dejado de ser “enseres de culto del adulto” (p. 91) —como dice Walter Benjamin (1928)— para convertirse en bienes de consumo determinados por las series televisivas infantiles, desconocidos para la mayoría de los padres; la rápida sustitución no nos permite siquiera aprender a nombrarlos. Se produce entonces otro universo no compartido entre grandes y pequeños, repitiéndose el mismo fenómeno que con los cuentos, de los cuales inicialmente disfrutaban ambos. Esta suerte de “especialización” parece llevar hacia una marginación de lo diferente. Por un lado, Vattimo (1989) postula la existencia de “mundos múltiples” caracterizados por la convivencia con lo diverso; mientras por otro, surgen movimientos que crean mundos estancos. A nivel de nuestra experiencia más directa, mantenemos los geriátricos para los ancianos por un lado, y las guarderías y colonias de vacaciones para los niños, por otro.

LA TRAMPA DE LA MIRADA

“...lo que no es posible tocar, sea lícito mirar...”

Esta cita de Ovidio adquiere plena vigencia dada la actual preponderancia de la imagen. El éxito del mundo virtual se asienta en su capacidad de crear un universo donde desaparecen o se atenúan las tres fuentes de nuestro malestar en la cultura: por un lado, el inquietante mundo externo es ilusoriamente controlado por la manipulación de la imagen; por otro, se sustituye el vínculo con otros seres humanos por personajes que no demandan cosa alguna y a quienes podemos hacer desaparecer y vuelta a aparecer según nuestro antojo; y por último, el contacto angustioso con uno mismo se adormece bajo los efectos del poderoso anestésico visual. Algunos practicantes de la “conciencia expandida” mediante drogas psicodélicas han visto en la realidad virtual una posibilidad de expandir sus experiencias alucinógenas a través de esta creación tecnológica que ofrece un mundo sustituto. De hecho ya se ha empezado a hablar de los adictos a la virtualidad.

Actualmente, el ocuparse del cuerpo pasa predominantemente por dietas y cirugías plásticas, combatiendo como Quijotes contra “la ruina y la disolución” a las que el mismo está destinado. Mientras nos ocupamos con ahínco de la apariencia, logramos un beneficio adicional: relativizar los efectos de la tercera y más importante fuente de sufrimiento citada por Freud, el vínculo con el otro del cual Narciso huye, para terminar como lo describe Nasio (1996): *“Miramos, somos mirados y terminamos mirando hacia nosotros mismos, miramos nuestro ombligo. La trampa está en que cuando miramos nuestro ombligo nos tornamos mirada, lo que quiere decir que mirarse es equivalente a ser mirada”* (p. 64), tal como Narciso que se diluye en ese mirarse mientras su cuerpo desaparece, emergiendo en su lugar el narciso, destinado a ser admirado de ahí en más. Este pasaje de lo activo a lo pasivo, de mirar a ser mirado, de cortejar a cortejado, de amante a amado, parece darle la razón a Freud (1905) cuando afirma en “Tres ensayos de una teoría sexual” que los antiguos griegos privilegiaban la pulsión mientras nosotros, al objeto.

Se critica insistentemente el individualismo característico de nuestra sociedad; aludiendo con ello a una búsqueda de la mayor independencia posible del otro, a través de la permanente explora-

ción de la propia autosatisfacción. Las relaciones cambiantes y efímeras parecen responder a este orden de cosas. “...cuando estamos en poder del otro corremos un gran riesgo” (Lacan, 1959, p. 89); por ello huimos de Eco y llegamos a la fuente donde amante y amado, cortejado y cortejador coinciden. Borges (1972) plantea esta huida en una de sus más bellas poesías sobre el amor (p. 485):

*“Es el amor. Tendré que ocultarme o que huir.
Crecen los muros de su cárcel, como en un sueño atroz.*

.....
*Ya los ejércitos me cercan, las hordas.
(Esta habitación es irreal; ella no la ha visto)
El nombre de una mujer me delata.
Me duele una mujer en todo el cuerpo.*

¡Cuánta diferencia con el amor cortés!.

TROPIEZOS EN LA HUIDA

¿Qué está pasando con la constitución del ideal necesario para emprender el alejamiento de la fuente que en su riqueza nos hace pobres; es decir, el distanciamiento del narcisismo primario?

Freud sostiene que en el “adulto normal” el amor de sí mismo que en un principio se dirigiera al “yo real”, va a recaer posteriormente en el “yo ideal”, como depositario de “todas las perfecciones valiosas”. Los ideales son impuestos por la cultura, e indispensables para la estructuración del sujeto, aunque se hallen profundamente cuestionados. La tan mentada caída de los valores e ideales lleva a muchos a afirmar que se ha producido un verdadero vaciamiento del lugar del ideal, y se tiende a rellenar con elementos poco consistentes, tal como lo plantea Lipovetsky (1983) en *La era del vacío*: “Aparece un nuevo estadio del individualismo: el narcisismo designa el surgimiento de un perfil inédito del individuo ... y se extiende a un *individualismo puro, desprovisto de los últimos valores sociales y morales...*; emancipada de cualquier marco trascendental, la propia esfera privada cambia de sentido, expuesta como está únicamente a los deseos cambiantes de los individuos.” (p. 49) Gianni Vattimo (1989), preocupado especialmente por auscultar nuestro tiempo, coincide con la idea de la

caída de los valores pero no acuerda con la noción de pérdida absoluta de los mismos; plantea en cambio la noción de *pérdida de la universalidad absoluta*. Este pensador italiano destaca la importancia de los medios de comunicación en la construcción de una “sociedad múltiple” en la que tienen cabida las distintas visiones del mundo. La noción de historia sostenida por la modernidad, como un quehacer progresivo que apunta a una única versión verdadera, y la de los ideales universales, que pretendían dirigir la humanidad toda hacia un solo fin válido, se han derrumbado. Este cambio permite la inclusión de la diversidad cuya existencia previa no podemos negar; la misma era aceptada a condición de bregar por su desaparición a través de su asimilación en una única posición válida como producto de una síntesis. Esta unidad utópica propuesta por los grandes relatos termina estallando y deja al sujeto sin la referencia sólida de antaño para la conformación del Ideal del Yo. El “deber-ser” ha dejado de constituir un mandato claro para convertirse en algo confuso y caótico. Junto con ello la diversidad adquiere carta de ciudadanía y nadie, salvo los fanáticos, pretenden su marginación. Ante la incertidumbre generada por la ausencia de verdades absolutas, crece la búsqueda de algo firme y sólido a lo cual aferrarse; allí –inevitablemente– tiente la apacible calma de la fuente... Vattimo sostiene que “Vivir en este mundo múltiple significa experimentar la libertad como oscilación continua entre la pertenencia y el extrañamiento. ... nos fatiga concebir esa oscilación como libertad; la nostalgia de los horizontes cerrados, intimidantes y sosegantes a la vez, sigue aún afincada en nosotros, como individuos y como sociedad.” (p. 87)

Una interpretación posible sobre el lugar de privilegio que ocupa Narciso hoy, nos lleva a formular la hipótesis de que el Yo Ideal ha pasado a ocupar gran parte de la aspiración de perfección, quedando ésta ligada a la imagen como obturadora de la ausencia; antes que al Ideal del Yo como marca de lo simbólico. El cambio en la concepción del cuerpo resulta aquí fundamental para entender el grado de valorización alcanzado por el mismo, dando paso a un culto abierto y desembozado. Mientras Platón en el *Fedón* (1982) concebía al cuerpo como sepulcro del alma, el cristianismo lo ha tomado como guarida del pecado, llegando incluso a establecerse una equivalencia entre pecado y cuerpo: la flagelación de la carne en castigo por los pecados. Notable pasaje, de la denigración a la adoración, dos caras de la misma moneda. Es interesante

destacar que la Iglesia ha mantenido a lo largo de su historia una batalla entre dos posturas contrapuestas en relación con las imágenes: por un lado hereda del judaísmo la prohibición de producirlas, apuntando a combatir la idolatría pagana; y, por otro, asimila parcialmente la tendencia a las representaciones icónicas exuberantes de la cultura grecolatina, habiendo algunas de ellas pasado directamente al cristianismo, tal es el caso de Hermes cargando un cordero que pasa a representar al Buen Pastor. En el II Concilio de Nicea (año 787) se aprueba el uso de las imágenes por considerarlas un elemento fundamental para las campañas evangelizadoras en una población mayoritariamente analfabeta. Durante toda la Edad Media la Iglesia mantuvo el monopolio de las producciones icónicas y se valió de ellas ampliamente. El fundador de la orden franciscana en México, quien llegara con Cortéz, sintetiza las virtudes y peligros contenidos en las mismas de la siguiente manera: “1. sustituto afectivo que recibe el amor que se profesa a un ser querido desaparecido; 2. apoyo del recuerdo; 3. instrumento de dominación política al servicio de la adoración a distancia; 4. cebo engañoso cuando el virtuosismo del artista produce copias más bellas y elegantes que su modelo.” (Gubern, p. 60) A los censores de la Santa Inquisición les preocupaba especialmente los desnudos, llegándose a cubrir algunos, tal como los del Juicio Universal de la Capilla Sixtina. Incluso, se temía que la desnudez de Cristo crucificado suscitara en los fieles ideas obscenas. Aún podemos ver las consecuencias de tal censura en los ángeles representados por cabezas con alas; algunas destrucciones de desnudos se produjeron en el Vaticano en el siglo pasado.

En “El Yo y el Ello” Freud explica el camino por el cual el Yo toma los rasgos del objeto para ofrecerse al Ello como objeto de amor por un *proceso de transposición de libido de objeto en libido narcisista*; y se pregunta si no será ineludible esta transmutación como paso previo antes de dirigirse a otra meta. Destaca además, como consecuencia de la desmezcla de las pulsiones, el *incremento de la dureza y crueldad del Superyo bajo “el imperioso deber-ser”*. (p. 55) Vale la pena preguntarse cómo juegan en nuestra sociedad actual estos dos movimientos: por un lado, adoración del Yo en su imagen y, por otro ... flagelación. La manipulación del cuerpo en un afán por forzar el cumplimiento del Yo Ideal coloca a la imagen en el centro de la escena, lo cual puede entenderse como una vuelta de la libido sobre el Yo y, al mismo tiempo, como

un aumento de la dureza y crueldad del Superyo por hacer cumplir con el imperativo “deber-ser” –en este caso– bonito. En el pasado, el sufrimiento al que se sometía al cuerpo a través de la flagelación apuntaba a lograr la purificación del alma. La flagelación ejercida por la ciencia a través de la cirugía plástica –maltrato al cuerpo pero con asepsia– apunta a “lo bonito”. Algún famoso pintor dijo alguna vez que “lo feo puede llegar a ser bello, lo bonito jamás”. Se marca de esta manera la diferencia de sentido entre los dos términos, diferencia que resulta clara en el uso. “Bonito” se aplica a los bienes de consumo, en tanto bello³ alude al arte, al producto de la sublimación y es materia de reflexión de los filósofos y artistas.

La capacidad adquirida por el hombre para intervenir en la transmutación del cuerpo a través de la plástica y la genética contribuye al “engrandecimiento” del hombre constituido en ese “dios-prótesis” descrito por Freud (1930). Con la operación sobre el cuerpo, se intenta además arrancarle hasta el último de sus secretos, acabando con la categoría de incognoscible y reduciéndolo a la de problema a resolver; eliminado el enigma, se pretende ilusoriamente abolir la fuente de la angustia. Narciso perdura como tentación de embriaguez oceánica pero, al mismo tiempo, deberá soportar la eterna persecución de Eco, representante de lo extraño, lo inquietante. Esta confrontación con lo diverso provoca, ineludiblemente, un cuestionamiento de lo propio conocido. El camino de apropiación pasa necesariamente por el del extrañamiento,⁴ extrañamiento que implica poner entre signos de interrogación los valores e ideales heredados. Tal vez éste puede ser un camino que nos lleve a asumir una responsabilidad íntima y singular.

³ Cabría reflexionar acerca de estos dos términos y la relación que pudiera establecerse con el Yo Ideal y el Ideal del Yo.

⁴ Este proceso de extrañamiento parece guardar relación con el “desasimiento de la autoridad parental” propuesto por Freud en “La novela familiar del neurótico”.

BIBLIOGRAFIA

- BORGES, J. L. (1972). El Oro de los Tigres. *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1990, pp 459-518.
- COSTAS ANTOLA, A. (1993). Narciso y Edipo. Exilio constitutivo y transferencia. XV Simposio y Congreso Interno de APdeBA. *Actas*. 1993
- COSTAS ANTOLA, A.; MAGHID DE UBALDINI, L. (1997). La novela familiar: cuando lo familiar se vuelve extraño. 3º Jornadas del Dpto. de Niñez y Adolescencia, APdeBA. *Actas*. 1997.
- CORBIN, A.; PERROT, M. "Entre bastidores". En *Historia de la vida privada*. Buenos Aires, Taurus, 1991.
- DODDS, E. R. (1960). *Los griegos y lo irracional*. Madrid. Alianza Universidad, 1993.
- FERRATER MORA, J. *Diccionario de Filosofía*. Barcelona. Alianza Editorial, 1982.
- FREUD, S. (1914). Introducción al narcisismo. *A.E.* XIV, pp 71-98.
- (1923). El yo y el ello. *A.E.* XIX, pp 13-59.
- (1930[1929]). El malestar en la cultura. *A.E.* XXI, pp 65-140.
- GADAMER, H.G. (1977). *La actualidad de lo bello*. Barcelona: Paidós/I.C.E.-U.A.B, 1991.
- GUBERN, ROMÁN. (1996) *Del bisonte a la realidad virtual. La escena y el laberinto*. Barcelona. Anagrama, 1996.
- LACAN, J. (1959). *La ética del psicoanálisis*. Seminario 7. Buenos Aires. Paidós, 1995.
- LIPOVETSKY, G. (1983). *La era del vacío*. Barcelona. Anagrama, 1993.
- NASIO, J. D. (1996). *Los gritos del cuerpo*. Buenos Aires. Paidós, 1996.
- OVIDIO. *Metamorfosis*. Madrid. Alianza Editorial, 1996.
- PLATÓN. *El Banquete, Fedón y Fedro*. Barcelona. Editorial Labor, 1982.
- VATTIMO, G. (1989). *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós/I.C.E.-U.A.B, 1996.

Adela Costas Antola
Malabia 2467, 9º "A"
C1425EZI Capital Federal
Argentina